

Roberto Castillo Rojas

Lo real y lo imaginario o la construcción de la identidad, una aproximación al pensamiento de don Luis Barahona Jiménez

Resumen

Este artículo está basado en una serie de ensayos escritos por don Luis Barahona Jiménez sobre la literatura costarricense, publicados por la Editorial Costa Rica, bajo el título "Lo real y lo imaginario". En ellos el autor abarca la producción narrativa y ensayística desde el XIX hasta el siglo XX (década de los años setenta). Dichos ensayos contienen descripciones críticas sobre la herencia literaria de nuestros literatos, contienen interludios donde se cuela el pensamiento de Barahona Jiménez, se destaca sobre todo su tesis sobre la identidad cultural: debemos volcarnos espiritualmente sobre nuestro legado de pensamiento y de literatura para así construir nuestra verdadera sabiduría cultural como proceso histórico con continuidad. Tesis que parece hoy desoída y que nos conduce un desarrollo cultural fragmentario e indiferente a lo autóctono.

Palabras claves: arte, filosofía, real, realidad, cultura, historia.

Abstract

This article is based on a series of essays written by Luis Barahona Jimenez on Costa Rican literature, published by Editorial Costa Rica, under the title "The real and the imaginary". In them, the author covers the production fiction and essays from the nineteenth to the twentieth century (early seventies). These tests contain descriptions criticism of the literary heritage of our writers, contain interludes where the thought creeps Jiménez Barahona, she distinguishes her thesis on cultural identity: we have our utmost spiritually on our legacy of thought and literature in order to build our wise true cultural and historical process continuity. Thesis seems today that leads unheeded and cultural development fragmentary and indifferent to the native

Keywords: art, Philosophy, real, reality, Culture, History.

Don Luis Barahona Jiménez nace el 20 de abril de 1914 en la ciudad de Cartago, cuatro años después de que un terremoto destruyera toda la ciudad, borrando así los vestigios coloniales de la ciudad más vieja de Costa Rica. Nace en el seno de una familia humilde, pero su inteligencia precoz lo lleva a cursar con éxito todos sus estudios primarios y secundarios. Muere en San José el 26 de junio

de 1987. Fue fundador, junto con otros, del Partido Demócrata Cristiano, defensor de los ideales democráticos y de una patria justa e igualitaria. Fue profesor catedrático, desde 1947, de la Universidad de Costa Rica, donde imparte cursos diversos de Epistemología, Estética, Filosofía Política, Metafísica, historia del arte, entre otros. En 1959 defiende su tesis de doctorado en la

Universidad Complutense de Madrid, titulada *El ser hispanoamericano*, se gradúa con honores. Es uno de nuestros pensadores más prolíficos, escribe una veintena de obras en vida, pero resta una cantidad enorme de escritos inéditos. Entre su obra publicada encontramos los siguientes títulos: *Al margen del Mio Cid*, 1943; *Primeros contactos con la filosofía*, 1952; *Glosas del Quijote*, 1953; *Anatomía patriótica*, 1971; *El ser hispanoamericano*, 1973; *El pensamiento político en Costa Rica*, 1973; *La patria esencial*, 1980; *Apuntes para una historia de las ideas estéticas en Costa Rica*, 1982; *Anatomía patriótica*, 1985; *La inteligencia comprensiva*, 1986; para tan solo citar algunos libros y dejar de lado los numerosos artículos en Revistas especializadas y artículos periodísticos.

Maestro de patriotismo, sin rastros de chovinismo, incansable estudioso de nuestra identidad, de nuestro pensamiento. En sus clases reclamaba el compromiso de sus estudiantes para con las raíces profundas y auténticas de la Patria, en contra de los embates de los procesos de aculturación. El amor por nuestra cultura, el sentido de responsabilidad por construir y continuar el legado de nuestros pensadores, narradores, poetas, estadistas, el amor por el pueblo y la

justicia social son las divisas que caracterizan su pensamiento y acción.

Me voy a referir principalmente a su pensamiento expresado en la obra titulada *Lo real y lo imaginario; ensayos literarios*, publicada en 2011 y que recopila una serie escritos elaborados en diversas fechas y cuya unidad la constituye la reflexión sobre la historia literaria de Costa Rica. No es aleatorio que este libro aparezca al inicio de la segunda década del siglo XXI, siglo que continúa el sendero trazado por el siglo XX, señalado como el siglo más sangriento de la historia humana: sesenta millones de muertes por conflictos bélicos. Constituye este libro un llamado de atención sobre la dirección que toma la historia en nuestros días; a pesar de que muchos de los ensayos que constituyen el libro fueron escritos hace más de 50 años, son premonitorios y nos ofrece una propuesta de *paideia* costarricense válida para toda Latinoamérica.

El libro tiene una breve dedicatoria de su editora: Macarena Barahona “A la juventud costarricense”, no puede pensarse en dedicatoria más acertada, esa juventud que en su mayoría vive atrapada en los “oropeles” de la cultura estadounidense, y que vive en el mundo de la imagen, no el de la palabra, que vive en el simulacro, como

diría Baudrillard, dentro de un amasijo de imágenes de cultura de masas que han ocultado nuestra realidad histórica.

En efecto, si caracterizamos el fenómeno social denominado globalización, tendríamos que entenderla desde dos perspectivas distintas: la perspectiva positiva cuya significación está encerrada en los términos “sociedad del conocimiento”, “sociedad de la información”, “transculturación”; y la perspectiva negativa cuya repercusión social está encerrada en los términos de “cultura de masas global”, “universalización de un particularismo”, “capitalismo avanzado multinacional y mercantilista”.

La primera perspectiva nos permite encontrar en los fenómenos sociales producidos por la globalización una creciente planetarización, tal como Edgar Morin denomina este nuevo estadio de la historia de la humanidad. El territorio del planeta se homogeneiza cada vez más, las distancias se acortan, los lugares se confunden entre sí, los no lugares (Marc Augé) borran las diferencias de los territorios, autopistas, comercios, aeropuertos desdibujan las especificidades del territorio. Las redes mundiales de la comunicación crean una nueva conciencia social, una explosión de información; nunca

como ahora el conocimiento había estado tan a la mano y a la vez, tan lejos por la carencia en nuestros países de una verdadera alfabetización digital y de una producción tecnológica nacional.

En su perspectiva positiva la tecnología de la información incide en una mayor comunicación, una posibilidad, cada vez en aumento, de intercambio de información, de opinión entre personas. Los medios de comunicación tradicionales pierden su hegemonía en el manejo de la opinión pública, las redes sociales borran las distinciones entre autor de opinión y lector. Todos somos autores y lectores. Somos autores, creadores y público receptor, tenemos nuestra página web, y subimos nuestros artículos de pensamiento y resultados de nuestras investigaciones; nunca como ahora el espíritu humano empieza a crecer y formar una especie de cerebro colectivo. Las creaciones literarias, de pensamiento universal circulan en el ciberespacio, las obras de arte me son traídas con solo una pulsación, las imágenes son convocadas en el gesto mágico de la tecnología. La música el ballet, la fotografía, las obras cinematográficas están al alcance de la mano. Se produce el fenómeno de la transculturación donde los fenómenos se

fecundan entre sí, hibridaciones que engendran, como lo dice Edgar Morin, “hijos planetarios”. (Morin: 2003, 2)

La vertiente negativa de la globalización constituye lo que ya la Escuela de Frankfurt había llamado la industria cultural, la mercantilización de la cultura, donde la imagen se ha convertido,-tal como lo sostiene Guy Debord,- en la forma final de la reificación. Nos hemos convertido en el *homo videns*, donde la imagen, simulacro, no solo oculta lo real, sino que lo sustituye. La cultura es un particularismo llamado mundialización (Serres, 2002, 2), es decir la extensión de la cultura de masas estadounidense sobre todo el orbe. La pregunta radical que nace de esta explosión de la cultura de imágenes, es ¿Hasta qué punto nuestra percepción de lo real es modificada por los medios de comunicación colectiva? La respuesta a la pregunta no puede darse sin incurrir en ambigüedades, sin embargo de hecho tenemos que reconocer el poder extraordinario de la cultura de masas en nuestros procesos educativos. Pensemos en el retroceso de la lectura y de las habilidades de imaginación, de ilusión, de capacidad crítica: ¿Hasta que punto pienso desde mí mismo y desde mi cultura, tal como lo proponía la Ilustración?

La gran metáfora que proponen los hermanos Wachonsky en la saga de Matrix señala el poder creciente de la cultura de masas, de la cultura del *homo videns*, la realidad es infundida en el cerebro de cada quien mediante el software sofisticado jamás inventado, de modo que la realidad degradada está oculta.

He aquí, donde la voz de nuestros pensadores y humanistas deben ser escuchadas, nuestro ser histórico, entendido como creación colectiva, como el desarrollo medular de la identidad, no cerrada sobre sí misma, sino abierta a organizar el acervo cultural propio y universal desde sí.

Don Luis Barahona Jiménez propone pensar, reflexionar sobre las obras mismas de nuestros humanistas. La voluntad de pensar, la voluntad de vagar reflexivamente por las páginas de nuestros literatos y políticos literatos: Manuel de Jesús Jiménez, Ricardo Jiménez, Jorge Volio, Monseñor Víctor Manuel Sanabria, Pío Víquez, Mario Sancho, es una voluntad teñida de ensueño y de utopía. Utopía porque “el pasado es lo único que puede crear un futuro auténtico”, porque es lo único que me puede dar esencia, consistencia para construir el futuro y no constituirme en una veleta de todas las corrientes culturales que llegan de otras

latitudes. Ensueño, porque este es el sueño despierto, el sueño que tiene un yo activo que permite otear el futuro desde la trama compleja del presente.

La tentación de hablar de todo el libro es tarea imposible, quiero que me permitan hablar brevemente sobre la filosofía de la historia que está expresada, no como un ensayo escrito sistemáticamente, sino como un pensamiento implícito, y que está constituido por todas sus convicciones profundas, desde la “urdimbre de su propia existencia” que no es otra cosa lo que dirige su pluma. Hay momento en su escritura, en el ritmo de la expresión objetiva del pensamiento ajeno, que aflora su propio pensar, sus propios recuerdos y sus palabras nos traen a la presencia claros espacios del ser. Recordemos aquella extraordinaria descripción del “espacio interno” de la casa del campesino, en su libro *El gran Incógnito*, la descripción poética nace como especie de instante absoluto que cohesiona toda la reflexión del libro. Esta forma peculiar de escribir nos da la oportunidad de escudriñar en esos meandros del ser para descubrir su filosofía de la historia.

¿Qué entendemos por filosofía de la historia? En el sentido hegeliano filosofía de la historia cobra un sentido aclarador, para él

el desarrollo histórico del espíritu objetivo persigue siempre un fin, sin embargo el fin no puede alcanzarse sin haber pasado por el medio, sin haber atravesado el camino de su realización. Don Luis reclama la realización de este fin que no es otro que la construcción de la identidad. Más aún, tal como lo señala Humboldt una filosofía de la historia se esfuerza en construir la concepción de que todos los hechos históricos están concatenados unos con otros. Dice Humboldt: “El entretrejimiento de todos los acontecimientos del género humano está claro, y cada generación, no encuentra otra situación de las cosas que la que prepararon las generaciones anteriores, ni recibe otras ideas que ellas inventaron o modificaron” (Humboldt: 1997:5) Se pregunta el autor, más adelante: ¿tendrá algún fin esta continuidad temporal compleja o si en cada individuo que muere, muere el ideal, que en nuestro caso es la construcción de la identidad, que guía el torrente de la historia?

De esta muerte del ideal es lo que nos preguntaremos después de ver el sueño que don Luis realiza sobre nuestra cultura y cómo lamenta la disolución de ella, nos dice en un ensayo escrito dos años antes de su muerte titulado *Los preclaros varones cartagineses*: “Valioso fue lo que nos legaron las

generaciones coloniales con su laboriosidad y heroísmo; valioso fue la Independencia y la vida republicana con sus virtudes; valioso fue el legado de nuestros abuelos y el de nuestros padres con sus vidas llenas de honestidad y señorío ante la vida; y valioso será siempre cuanto de bueno hayamos podido legar nosotros a nuestra descendencia. Poco o mucho, ahí está; y corresponderá a los que nos sigan enriquecer ese caudal ¡Ojalá que no solo se incremente sino que se mejore!, porque los nuevos tiempos están pidiendo a gritos que alguien salve cuanto de bueno recibimos de los siglos pasados, lo que constituye el fundamento de nuestro ser nacional más auténtico, para que sobre él puedan edificar las generaciones futuras una patria feliz; al menos en la medida en que historia, mudable por naturaleza, lo telera.” (Barahona, 2011, 441)

Volvamos al planteamiento de su filosofía de la historia para luego llegar a esa situación que plantea en el texto precedente, el momento presente (1985), es una situación “de peligro” en el sentido heideggeriano del término.

Su primera concepción de su visión de la historia está teñida de un cierto determinismo del entorno natural, aunque se intenta demarcarse de Hipólito Taine, no lo

consigue totalmente. El carácter de los seres humanos se va forjando en su continuada lucha con la naturaleza y en su contemplación. No es lo mismo nacer rodeado de montañas que limitan tu visión que tener la vista posada en horizonte infinito del mar. Nos dice don Luis: “El paisaje es el segundo cuerpo del hombre, del que no logra desprenderse ni cuando duerme. En el estado de vigilia la razón y el ser todo van tejiendo con los hilos que toman del paisaje en torno, la tela polícroma y sutil de sus ideas, de sus anhelos, de sus impulsos, de sus ilusiones, de sus actos y palabras, para decirlo de una sola vez.” (Barahona, 2011, 8). Así, nuestro carácter se ve conformado por el clima “a menudo nublado y barrido por recios vientos y golpes de furiosos temporales, agrían nuestro carácter y le predispone al mal humor, a la explosión violenta o al frío cortante de la indiferencia porque nos hemos acostumbrado que “lo mismo llueve que hace sol”. (Barahona, 2011, 8)

El carácter cartaginés se distingue claramente de otras ciudades según Barahona Jiménez y en acuerdo con Mario Sancho por tener éste “...su sentido ético, su orgullo de casta y, a la vez, su sencillez. Pero claro está, estas virtudes se daban de hecho

sobre un fondo oscuro de pequeñeces, de intrigas y envidias muy propias de un pueblo pequeño que, para colmo de males, había perdido su rango capitalino, dejando en sus principales familias un sentimiento de frustración del que no lograrán reponerse muy fácilmente”. (Barahona, 2011, 12)

Lo mismo afirma cuando termina su ensayo sobre los “Tres clásicos cartagineses”: Pío Víquez, Mario Sancho y Monseñor Sanabria. El temperamento de los tres está fuertemente influenciado por el medio, hasta encuentra una expresión muy avenida a su pensar: “idiosincrasia telúrica” (Barahona, 2011, 57). El elemento fundamental que encuentra en los tres temperamentos es su fisga satírica. “...la sátira, la ironía punzante utilizada con toda la lucidez perspicacia de eran capaces sus mentes privilegiadas”(Barahona, 2011, 59). Y esta proviene de la causa central del paisaje y causas secundarias como son la “benignidad y condescendencia indulgente que caracteriza en general al pueblo costarricense”.(Barahona, 2011, 58)

Las descripciones sobre el Valle del Guarco que nos ofrece desde Vázquez de Coronado, don Manuel de Jesús Jiménez, es el paisaje idealizado que aparece en la escritura del poeta, que se adentra en la intimidad del

alma y de la vida cotidiana. Habría que plantearse la pregunta sobre la ausencia de ese paisaje en el presente, regidos por otra concepción del tiempo, por otra forma de vivir en tráfago cotidiano que olvida el paisaje como referente no solo de ubicación geográfica, sino de nuestra psique, como nos dice don Luis, como nuestro segundo cuerpo. Baste con señalar que nuestros jóvenes no conocen los nombres de las montañas que nos rodean.

El paisaje es un referente importante para formar nuestra identidad, y lo es también el conocimiento de cómo eran nuestras ciudades, la argamasa de la que están construidas las ciudades que no otra cosa que la substancia de nuestro ser, sus calles y casas forman los caminos y las estancias de nuestro ser.

La ciudad de Cartago de a mediados del siglo XIX, en la que nació don Manuel de Jesús, es descrita de manera extraordinaria por don Luis:

“La ciudad era entonces un pequeño núcleo de casas de adobe y teja. Las más grandes estaban rodeadas de tapias, con su portón de roble, y un gran patio empedrado; como aquella de los Quijada en Argamasilla de Alba de donde una mañana salió don Quijote en busca de aventuras. En el fondo los

patios se guardaban los aperos de labranza, las carretas, las monturas y, más adentro, está la cuadra para los caballos y el establo donde se hacía el ordeño cada mañana, apenas rayaba el alba. En la troja se recogía la cosecha de maíz, frijoles y papas. Había también en algunas casas un pequeño huerto donde el señor cultivaba, como sus antepasados, perales, manzanos, uvas, naranjos y aguacates, sin que faltaran las hierbas medicinales, la borraja, el enheldo, la yerba buena, la manzanilla, y los olores como el tomillo, el culantro, la menta y la albahaca. Más allá picoteaban las gallinas, metían ruido los gansos, los chompipes y en las casas de pro, uno que otro pavo real, con sus hermosos abanicos tornasoles”. (Barahona, 2011, 68)

Esta descripción corresponde a lo que he llamado meandros del ser, bajo la pluma de don Luis aparece un Cartago cuya descripción parece dictada por una extraordinaria imaginación poética. No solo el paisaje natural, sino que sobre todo el paisaje urbano es el que conforma nuestro ser, nuestro núcleo de identidad más auténtico.

El terremoto de Santa Mónica, 1910, en el decir de Mario Sancho, hizo que los cartagineses caminaran después en una

ciudad fantasma, que despojara a su población de una parte fundamental de su propio ser. Algo parecido al terremoto nos sucede ahora, la destrucción lenta y segura de todo nuestro patrimonio histórico, nos despoja de nuestro segundo cuerpo en el decir de Barahona Jiménez.

El paisaje natural y artificial y la ciudad, como parte del paisaje artificial son parte del ser y estos actúan conformando una identidad: “Ante todo –nos dice el nuestro pensador- la geografía, la tierra donde tiene lugar el hecho humano. No es posible dudar de la influencia que parte del ámbito telúrico y opera sobre nosotros a lo largo de toda una vida. Aquellos mares, aquellos cielos, aquellas montañas, aquellos ríos, aquellas mesetas, valles y selvas tienen un poder de sugestión, atracción sobre el hombre, capaz de desatar toda una gama de acciones y reacciones, conscientes o inconscientes, voluntarias o no, mediante las cuales se establece ciertamente la reciprocidad entre el hombre y la Naturaleza, que no liga y nos constituye en hijos de América.”(Barahona,1959, 277)

La cultura americana según nuestro autor “...será y deberá estar indisolublemente ligada a la cultura europea [...] esta unidad Atlántica debe tener como misión el “...el dar una plena expansión a uno de los aspectos

más incisivos y más altos de estos valores culturales: el universalismo, la organización de todas las culturas continentales en una sola unidad humana, fundada sobre la naturaleza misma del hombre, de este hombre cuya primacía ha constituido siempre el mensaje más elevado de la cultura europea” (Barahona, 2011, 271). Este es el Barahona Jiménez utópico, donde la historia está pensada desde los valores de la Ilustración: universalismo, naturaleza racional del ser humano, libertad como valor supremo que conduce el raudal de la historia a estadios cada vez de mayor democracia y justicia.

Estos son los rasgos de una filosofía de la historia americana cuya esencia occidental, sin olvidar la herencia indígena, que según el autor podría “...insuflar vida nueva a las formas de la cultura occidental”(Barahona, 2011, 278). Sin embargo, el autor afirma que “...el legado indígena se nos ha quedado en la simple arqueología; no ha llegado hasta nosotros alentando formas vivas de cultura; de ahí su inoperancia histórica” (Barahona, 2011, 278). No voy discutir esto ahora ¿será esto cierto para los pueblos de fuerte presencia indígena y cuyas formas culturales se encuentran

vivas como en Guatemala, México, Perú, Bolivia, etc.?

Esta filosofía de la historia que atañe a la comunidad conllevan exigencias que recaen en el espíritu subjetivo, es cada quien en sí mismo que debe asumir la tarea que le corresponde en el camino del espíritu costarricense. Y encuentra nuestro autor que esta tarea se incumple en el orden de la literatura y el pensamiento. Habría que decir que la literatura y el pensamiento, como espejo y crítica de nuestra realidad son los instrumentos más decisivos para la conformación de nuestra historia, ¿qué pasa si la savia de nuestro pensadores y nuestros literatos se quedan en el olvido, si nuestros poetas y pensadores se ocupan tan solo de lo que se piensa y escribe en otras latitudes? En esto es muy claro Barahona Jiménez: “No concibo que un intelectual costarricense pueda vivir ignorando lo que sus compatriotas producen, en las condiciones en que frecuentemente nos ha tocado a todos cumplir con el llamado de una vocación tan poco apreciada y estimulada. Errores de perspectiva nos llevan a sumirnos en la lectura de las obras que se producen en otros países, hasta en otros idiomas, sintiendo repugnancia o por lo menos profunda

indiferencia por los frutos del ingenio nacional.” (Barahona, 2011, 185)

Es en este sentido también se inserta su “Ensayo estético en la literatura costarricense”. Donde entiende la estética como el concepto de lo bello que emana de la *praxis* artística no solo de la poética, sino de la vida cotidiana de los pueblos. Por eso le da por denominar los distintos períodos de la vida estética de nuestro pueblo: período lúdico, período de la inquietud estética, aparición del romanticismo lírico, realismo costumbrista, el modernismo, la estética en los novelistas del siglo XX, los ensayistas y finalmente, tres generaciones de poetas posmodernistas. No es posible dar cuenta aquí de toda la erudición, cuidado en el análisis de la poética costarricense. Sin embargo, a medida que su pluma se adentra en el cuerpo del texto, van surgiendo esos “meandros del ser”, donde el autor expresa su pensamiento y encuentra maneras de expresar su profunda visión de mundo. En el período lúdico encuentra que el gusto estético costarricense está fuertemente influido por “...la ostentación de los adornos indígenas en oro, plumas y decoraciones de vasijas y tejidos.”(Barahona, 2011, 189). Lo que lleva a la preferencia de los colores fuertes primarios. En romanticismo lírico,

encuentra las huellas del desarrollo del romanticismo en otros horizontes, pero siempre bajo la impronta del fuerte subjetivismo que propugna. El yo lírico “... alcanza sus mejores acentos cuando trata de expresar sus sentimientos íntimos, su penas y dolores”. En Rogelio Sotela encuentra que “Lo bello ideal es la aspiración suprema del poeta, la belleza intuida en el fondo del alma hacia donde convergen todas las energías del universo” (Barahona, 2011, 208). Lisímaco Chavarría, González Dobles, Carlomagno Araya; todos son platónicos en la búsqueda de esa belleza que anida en un mundo ideal, lejano, pero eternamente deseado. “Como la belleza ideal se define como universal, el poeta deambula siempre por parajes irreales, dentro de sí busca los motivos de su inspiración para manifestarse en un trance místico o amoroso desencarnado, sin ligaduras con la ruda y prosaica realidad” (Barahona, 2011, 211). A la época idealista le sigue una época de exaltación de la realidad, se pasa de un platonismo a un aristotelismo, a la época que denomina: realismo costumbrista, donde coloca, entre otros a Manuel de Jesús Jiménez, Jenaro Cardona, Manuel González Zeledón, Joaquín García Monge, Arturo Agüero. Sin embargo, el principio estético no enunciado

explícitamente, se constituye fundamentalmente en el ideal de expresar la realidad de manera en algunos casos de expresar sus contradicciones e injusticias.

Cuando nuestro autor nos habla de Rafael Estrada, último autor que analiza en su sección de modernismo, aparece de manera clara y contundente su visión sobre la estética, precisamente cuando polemiza con dicho autor. La estética es una ciencia autónoma nos lo recuerda, con métodos propios. Esta ciencia no es deductiva racional sino una ciencia que empleando ciencias auxiliares, se hace cargo de la belleza de las obras de arte como de un “algo sui generis” Este “algo o no sé qué” requiere ser interpretado y comprendido en la forma más amplia posible, vinculándolo al misterio del ser personal del que es un milagroso vislumbre, un rayo de luz que ilumina tanto las cavernas infernales de nuestra personalidad como la contante elevación trascendente de nuestro ser en alas de libertad que es inspiración gratuita en el campo del arte. Tal definición amplia profunda nos recuerda la definición de Immanuel Kant cuando dice que “Lo bello es lo que place sin concepto”, no puede haber ciencia de lo bello, no existen leyes ni conceptos que puedan dar cuenta del

fenómeno del arte, sin embargo el arte requiere el entendimiento, la obra de arte habla, comunica, lanza el enigma de la esfinge al espectador, pero ninguna respuesta es definitiva. Nos recuerda que lo bello es producto del espíritu libre, de la gratuidad de crear sin la presión determinante del concepto, las formas puras libres nacen del olvido del esquematismo, la no adecuación de la forma a un concepto determinado. De Hegel nos recuerda que la obra de arte es un modo de manifestarse la verdad, la idea (en su vocabulario), alumbrando vastas regiones del ser.

No es sino en el capítulo dedicado a los ensayistas que don Luis va encontrar una muy acabada concepción estética en los ensayos de don Abelardo Bonilla. Encuentra la gran influencia de Henri Bergson. En este gran pensador francés, el arte se fundamenta en la intuición y a contrapelo de la razón es capaz de penetrar las capas superficiales de lo real para alcanzar la interioridad de las realidades vitales. Sintetiza don Luis, don Abelardo parte de tres cosas: el intuicionismo bergsoniano, la esencia de lo bello se da en la bipolaridad de sentimiento y razón. Y de último la belleza radica en la forma concebida como una totalidad que trasciende

las partes en una unidad superior. (Gestalt-Adorno- Kant)

Barahona Jiménez deja abierto el camino para la investigación de la praxis estética, del concepto de lo bello que aparece en el mismo quehacer del artista.

Para finalizar me parece muy importante invitar a los lectores a leer con lentitud y atención los ensayos de don Luis, principalmente aquellos dedicados al Quijote, a la meditación sobre la paz; están llenos de sabiduría, de esa sabiduría que viene con el tiempo, y que permiten contemplar la realidad con ojos avisados, con ojos que tienen los referentes de la existencia vivida en la intensidad del pensar. Del Quijote leamos con detenimiento, sus afirmaciones sobre la oposición realidad y mundo imaginado, estamos locos cuando confundimos el mundo imaginado con el real, pero a la vez es la única manera de existir: imaginar es ver más allá de la mera presencia de lo real, es otear el mundo posible, el único que nos hace sostenernos en el mundo. La realidad del tendero es demasiado estrecha y no nos permite ser libres respecto de las cosas y el mundo.

Hoy el tendero alcanza niveles universales, cuando el neoliberalismo campea por todo el orbe, donde todos los

productos culturales se miden por su rasero mercantil, donde la política se ha desligado del mundo económico, donde el mundo económico desregularizado sacraliza la inequidad, donde los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres y la cultura de masas nos separa cada vez más del tuétano de nuestras culturas. Por esto la palabra de nuestros pensadores debe ser escuchada y puesta en acción.

Bibliografía

Barahona, L. (1959) *El ser hispanoamericano*. Madrid: Meléndez Valdes.

_____ (2011) *Lo real y lo imaginario, ensayos literarios*. San José: ECR.

von Humboldt, W. (1997) *Escritos de filosofía de la historia*. Madrid: Tecnos.

Morin, E. (2003) ¿Sociedad mundo, o Imperio mundo? Más allá de la globalización y el desarrollo, tomado de la Internet, el 12 de julio del 2012, a las 23, 15 hs, en: <http://es.scribd.com/doc/7385330/Edgar-Morin-Mas-Alla-de-La-Globalizacion>

Serres, M. (2002) *Lo universal, en contra de un particularismo llamado mundialización*, tomado de la Internet, el 11 de julio del 2'12, a las 20, 05 hs., en: <http://www.nacion.com/ancora/2002/septiembre/29/.../conferencia1.doc>